

Los orígenes del diario: la Isla de los Diariales

Marcel Schwob



Nota introductoria de Mariano Martín Rodríguez,
traducción y notas de Rubén Molina Martínez

© Mariano Martín Rodríguez, por la introducción, 2019

© Rubén Molina Martínez, por la traducción, 2019

En 2015, la editorial Páginas de Espuma publicó la versión española de los *Cuentos completos* de Marcel Schwob (1867-1905), en traducción de Mauro Armiño. En la presentación del editor se afirmaba: «Toda la obra de ficción de Marcel Schwob se publicó en apenas cinco años –desde la aparición de *Cora-zón doble* (1891) a *La cruzada de los niños* (1896)». Sin embargo, esa edición dejaba fuera una «obra de ficción» de Schwob más tardía, y concretamente de 1903. Se trata del muy curioso y original texto «Origines du journal: L'Île des Diurnales», que figura a continuación, por fin en castellano, con el título de «Los orígenes del diario: la Isla de los Diariales», y que vio la luz en el volumen *Mœurs des Diurnales: traité de journalisme* [Costumbres de los diariales.– Tratado de periodismo], firmado por Loyson-Bridet, seudónimo de Marcel Schwob¹. Este tratado es, en realidad, un libro misceláneo en el que hay cuadros de costumbres periodísticas, recuerdos, consejos más o menos sarcásticos a los periodistas y otros textos satíricos, entre los cuales se cuentan al menos dos ejemplos de lo que en inglés se denomina *fictional non-fiction* y en castellano podríamos denominar *docuficciones* literarias o ficciones documentales, y que se pueden definir como aquellas ficciones que adoptan íntegramente el discurso retórico de algún género no ficcional o in-

cluso no literario (y a menudo no narrativo), tales como un manual de historia, un estudio científico o humanístico, o cualquier otra manifestación escrita que postule, mediante su estilo, su carácter puramente documental. En el tratado periodístico de Schwob, figuran concretamente una lista de «Les “cent bons livres” du journaliste» [Los «cien buenos libros» del periodista], que es una relación de recomendaciones bibliográficas constituida por obras imaginarias y, en consecuencia, ficcionales, y el estudio que nos ocupa, «Origines du journal: L'Île des Diurnales».

En él, el autor adopta el doble discurso arqueológico y filológico para indagar sobre los supuestos orígenes antiguos del periodismo de una manera tan perfecta que nada hay prácticamente en el texto que no corresponda a las normas de exposición de esas ciencias humanas. En primer lugar, se relata el descubrimiento en el Foro romano de una estela con una inscripción que da pie a una serie de reflexiones encaminadas a dilucidar el misterio de los *diurnales*, tanto mediante un análisis de lo representado en el relieve como, sobre todo, a través de un detallado análisis filológico del texto latino de la inscripción, sobre cuyo sentido se especula con todo el rigor histórico necesario, recurriendo a multitud de fuentes literarias antiguas. Así se nos dan a conocer determinados ritos y usos romanos dotados de todo el atractivo exótico de lo antiguo, a lo que se suma la ironía implícita en considerar el periodismo una actividad prácticamente religiosa en su origen, consistente en el culto al dios Público.

¹ La traducción que figura a continuación se ha realizado sobre su primera edición: Loyson-Bridet, «Origines du journal: L'Île des Diurnales», *Mœurs des Diurnales: traité de journalisme*, Paris, Mercure de France, 1903, pp. 30-58.



Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

Este trabajo, cuya erudición asombra por muy ficcional que sea, se ve prolongado por la invención de dos autores antiguos que nos habrían transmitido una información más pormenorizada sobre los *diurnales* o diariales, a saber, Q. Publius Publicola, que habría escrito un *Diarium itineris*, cuya descripción de la Isla de los Diariales habría compendiado T. Anas Venerator en sus *Loci Communes*. A continuación, la ficción filológica se lleva al extremo. Tras el análisis crítico del testimonio figura una traducción de este, con notas críticas que recogen frases en latín que se presentan como extraídas del original, y con la indicación de los fragmentos perdidos, de las traducciones dudosas, etc. Por último, se reproducen las voces que citan a los diariales en un glosario antiguo, de un tal Proktos, asimismo inventado. De esta manera, Schwob consigue que su versión parezca filológicamente verosímil en un grado casi nunca alcanzado, hasta el punto que supera a este respecto al apócrifo más célebre de su época, *Les Chansons de Bilitis* [*Las canciones de Bilitis*] (1894), de Pierre Louÿs. De hecho, ni en esta obra ni en otras ficciones que se han hecho pasar por versiones filológicas con introducción crítica de textos antiguos, como *Le Poème de Šu-nir* [Poema Šu-nir] (1922), de Philippe Selk, o «Invocación de una entidad de la noche a su reflejo luminoso» (1974), de Rafael Llopis, los autores se han atrevido a reproducir citas en la lengua del supuesto original. Aunque todos estos textos resultan verosímiles en cuanto a su escritura, Schwob avanza así más allá de la mera tentativa de reflejar en la traducción la retórica y el estilo de la época de la que se supone procede lo traducido. Tanto el estudio como la versión constituyen, pues, un estudio ficcional íntegramente fiel a su género documental y, por lo tanto, una *ficción científica* (o académica) plena.

No obstante, el texto poco podría interesar a quienes no estuvieran familiarizados con la escritura filológica y de las ciencias humanas en general si no presentara otro interés más que su evidente y excepcional maestría retórica. La relación sobre la Isla de los Diariales constituye una sátira lucianesca en forma de viaje imaginario, y, como corresponde a esta modalidad de ficción ya desde el propio Luciano de Samósata, el espacio exótico contribuye a estimular la fantasía mediante la descripción de seres fabulosos, aunque verosímiles en el contexto del ilusionismo documental de su presentación. En esta ficción de Schwob, la extrañeza que da pie a la reflexión especulativa la suscitan un pueblo humano, los diariales, y una especie animal, las aves a las que aquellos intentan propiciar de todas las maneras posibles en el marco de un culto religioso a su dios, que el estudio arqueológico precedente llama Público. Las aves son verdaderamente unos sucios pajaracos insufribles que los diariales alimentan y manejan, en la medida en que es posible hacerlo, en honor del citado dios, cuyo nombre, igual que el de los propios isleños, orienta claramente la lectura hacia su entendimiento como alegoría satírica. Los diariales y sus aves remiten a las costumbres periodísticas de la época, especialmente a las malas, como la venalidad, la calumnia, el chantaje y otras taras facilitadas por el deseo popular de tener siempre noticias y escándalos frescos. Así se explica, previo distanciamiento cognitivo, el funcionamiento inmoral de un periodismo excrementario, tanto en la Antigüedad simbólica descrita por Publicola como en el presente de Schwob al que la Isla de los Diariales sirve de satírico reflejo. A los lectores corresponde ver si tan enfadosas aves ya han desaparecido o si siguen deponiendo a sus anchas, y si el dios Público conserva intacto su culto.

Marcel Schwob

Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

Entre los descubrimientos más recientes que se han hecho durante las excavaciones que están sacando a la luz los primeros cimientos del Foro romano, el más curioso es, sin duda, el de un bajorrelieve hasta ahora misterioso e indescifrable, pero cuyo significado no le resta importancia frente a la propia Piedra Negra (*Lapis Niger*) que tanta polémica ha levantado entre los reporteros de nuestros principales diarios. El bajorrelieve representa dos hemisferios gemelos en bulto redondo «lamidos», si se me permite expresarme así, por una especie de voluta —¿una lengua, tal vez? Sí, en efecto se parece a una lengua o una lengüeta un poco respingona— que parece salir de la boca de un personaje arrodillado. Bajo el bulto redondo aún se distinguen claramente los caracteres «P. V. B.» (el resto, por desgracia, se ha desprendido, pero un ingenioso periodista del *Popolo Romano* ha propuesto la restitución «L. I. C. V. M.»). Debajo de la figura arrodillada se lee sin dificultad la palabra «D. I. A. R. I. A. L. I. S.».

El descubrimiento ha tenido lugar en el extremo sudoriental del Foro, no lejos de la *Regia*, el palacio del *Pontifex Maximus*, junto a la casa de las Vestales, el *Atrium Vestæ*, cuya visión evoca en cualquier periodista encantadoras imágenes femeninas, un poco antes del *Lacus Juturnæ*. Rápidamente todos los periódicos romanos se hicieron eco del descubrimiento en las noticias de última hora. Una vez realizado el examen previo de autenticidad, confiado a una comisión de entrevistadores experimentados y avezados en investigar falsificaciones, el bajorrelieve pasó a manos de los técnicos (arqueólogos, epigrafistas y *tutti quanti*). Sin embargo, como ya he dicho, ha sido un periodista del *Popolo* el primero en tener la intuición gracias a la que podemos proponer una hipótesis plausible y que, por una singular coincidencia, resulta del máximo interés para la historia del periodismo.

Todo indica que el texto se componía de dos palabras (el verbo se sobreentiende, como en la falsa inscripción de la tiara de Saitafernes¹, tan triunfalmente cuestionada por un reportero del *Temps* que contradujo a la penosa Academia de Inscripciones y Bellas Letras² y a diversos epigrafistas y numismáticos que no se habían percatado de nada).

Por tanto, debe leerse «PVB[LICVM] DIARIALIS» y sobreentenderse «ADORAT», «VENERATUR» o simplemente «ORAT». Sin embargo, un joven gacetillero, más audaz que el resto y señalando la relación que parece existir con la voluta que sale de la boca del personaje arrodillado y que literalmente «lame» los dos hemisferios gemelos, sugiere «LINGIT». En tal caso, sería una inscripción única, un «ἄπαξ»³, de un interés mayúsculo.

En definitiva, la lectura sería «PVB[LICVM] DIARIALIS [VENERATUR o LINGIT]», o, con vistas a la traducción, «El DIARIALIS adora (o lame) al PVBLICVM».

La hipótesis de «ORAT» no tiene ninguna verosimilitud, puesto que el término *orare*, con esa acepción, solo se daría en la época de la decadencia más baja. Ciertamente es que Tácito se sirve de la expresión *adorare vulgus*, por oposición al *odi vulgus* de Horacio, pero precisamente ese es un motivo que parece militar contra los partidarios de la hipótesis *adorare*. Tácito, al igual que Horacio, entiende obviamente un sentimiento de afición o de odio puramente moral, sin ningún aspecto material. Queda la osada propuesta de leer «LIN-

¹ Nota del traductor español: Se trata de una tiara de chapa de oro, adquirida por el Louvre en 1896 como un objeto auténtico que había pertenecido al rey escita Saitafernes. Más tarde se demostró que era una falsificación creada por un talentoso orfebre.

² Véase «Autour de la tiare» en *Le Temps, passim*, marzo de 1903.

³ Nota del traductor español: «Hápax», esto es, una voz cuyo uso en una lengua, un autor o un texto está documentado una sola vez.



Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

GIT» o aceptar «VENERATVR». La primera se defiende por sí sola, pero ¿era necesario interpretar la acción? He ahí el problema que se plantea, y el análisis en el que voy a entrar explicará con mayor claridad el sentido de la objeción. Reconozco que, personalmente, me cuento entre los partidarios de «VENERATVR» y traduzco «El DIARIALIS rinde culto a PVBLICVM».

Ahora bien, ¿qué es un *diarialis*? En mi opinión, esa es la primera cuestión que hay que plantearse, y de su solución depende el sentido exacto de la inscripción. El lugar en el que se ha descubierto el bajorrelieve nos da una pista aproximada de su fecha. El monumento no podría ser posterior a la «tumba de Rómulo». Por otra parte, representa claramente un rito religioso realizado por un personaje cuyo nombre termina con el sufijo *-alis*. ¿Cómo no pensar entonces en los *Fratres Arvales*, ese colegio de los doce hermanos arvales fundado, según cuenta la tradición, por Rómulo, en memoria de los doce hijos de su nodriza Aca Larentia⁴? Además del texto arcaico del canto, se conservan importantes fragmentos canónicos⁵ de este colegio de sacerdotes que aún existía en el siglo IV de nuestra era (cf. Henzen: *Acta fratrum arvalium*; los fragmentos van desde el año 38 hasta el año 250 d. C.). No perdamos de vista la persistencia de estos ritos hasta la época baja, ya que volveremos sobre ello.

Teniendo en cuenta esta similitud, ¿acaso no sería legítimo formular la hipótesis de un colegio de *Fratres Diariales*, los sacerdotes de un culto más solemne, más importante, que la vana superstición *folclórica* conservada por los *Fratres Arvales*?

⁴ Nota del traductor español: Según la leyenda romana, Aca Larentia era la mujer del pastor que encontró y salvó a Rómulo y Remo. Tuvo doce hijos y, al morir uno de ellos, Rómulo ocupó su lugar.

⁵ Nota del traductor español: Se refiere a distintos textos relacionados con la cofradía de los arvales que han llegado hasta nosotros. Entre ellos, destaca el texto del canto que entonaban los arvales en su fiesta anual, un himno hallado en 1777 y escrito en latín arcaico que constituye una de las muestras más antiguas de la literatura latina.

El monumento del Foro representa sin lugar a dudas a uno de los *Fratres Diariales* llevando a cabo uno de los actos de su rito religioso.

¿Cuál podría ser ese culto especial rendido por los *Fratres Diariales*? Antes de abordar esta cuestión, procede examinar con atención el término *diarialis*, que quizá presenta con respecto al culto de los *diariales* la misma relación que el término *arvalis* con respecto a *arva*.

Gaston Boissier, en un perspicaz estudio en el que expone sus conclusiones sobre el opúsculo de Hübner, *De senatus populi romani actis* (Leipz., 1860), afirma formalmente lo siguiente: «La palabra *diario* procede del adjetivo *diurnalis*, que a su vez procede de *diurnus*» (*Diario de Roma*, p. 269), de donde se toma la licencia para traducir «*Acta diurna populi romani*» por «*Diario de Roma*».

Así pues, si hubo *Fratres Diariales*, estos no podían ser sino los cofrades encargados de las funciones sacerdotales relativas a las *Acta diurna*.

Aquí es donde nuestro descubrimiento adquiere un apasionante interés histórico. Hasta ahora creíamos saber, de acuerdo con Suetonio, que la publicación de las *Acta diurna* había sido instituida por César en el año de Roma 695 (59 a. C.), año en que fue nombrado cónsul. Dice Suetonio que «una de sus primeras medidas fue establecer que las actas de las asambleas del Senado, así como del pueblo, se pusieran por escrito y se publicaran a diario»: *instituit ut tam senatus quam populi diurna confierentet publicarentur*. El único hecho anterior conocido que guarda alguna relación con esta idea es la costumbre que Boissier expone como sigue:

«En el muro de la *Regia*, donde tenía su sede el pontífice máximo, se colocaba cada año una placa cuidadosamente blanqueada a la que llamaban *album*; en la parte superior se inscribía el nombre de los cónsules y los magistrados; luego, cada vez que ocurría algún suceso en Roma o en las provincias, este



Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

se anotaba de forma resumida. Era una manera de mantener a los ciudadanos al corriente de sus asuntos.».

La estela que estamos estudiando, y que precisamente se ha descubierto en el área de la *Regia* del *Pontifex Maximus*, permite concluir que, en realidad, no hay relación alguna entre el *album* del pontífice y la publicación de las *diurna*. Dado que, cerca de la *Regia*, había un colegio de *Fratres Diariales*, es evidente que estos eclesiásticos se dedicaban a la confección de las *diurna*, y no cabe duda de que el *album* del Pontífice no era más que un sumario de las *diurna* que se publicaban cada día en la puerta de la *Regia* si, como todo parece indicar, el pontífice máximo era el director supremo del culto profesado por los *diariales*. Por tanto, César tan solo «secularizó» una costumbre que se había revelado útil, pero cuyo origen es estrictamente religioso, como veremos más adelante. He ahí una explicación muy satisfactoria para todos aquellos que saben seguir a través de la historia la evolución de las costumbres religiosas. En Homero, vemos que las partes nobles de las víctimas se consagraban aún a los dioses, mientras que los sacerdotes y los héroes solo participaban de los trozos de calidad inferior; más tarde, la costumbre de comer carne, puramente religiosa en su inicio, se generalizó; los conquistadores españoles encontraron en México el tabaco justo cuando este producto iba a perder su uso propio como incienso para convertirse en un placer popular; y recientemente se ha demostrado que la domesticación de los animales, la domesticación de los granos útiles, del trigo, de las plantas hortícolas, no es sino el resultado práctico de costumbres religiosas. ¿No es natural, vista la nueva información que nos aporta la estela de los diariales, considerar el periódico o diario la expropiación utilitaria de un rito religioso cuyo verdadero significado aún está por dilucidar?

A este respecto, el método más simple pa-

rece ser ocuparnos de la segunda parte del texto de la estela: PVBLICVM. Pero antes es indispensable poner en relación la estela de los diariales con un relato contemporáneo del emperador Trajano que hasta ahora se había considerado meramente imaginario. De hecho, se creía que había sido tomado de una obra similar a la *Historia verdadera* de Luciano de Samósata, ahora perdida y que habría sido «latinizada» por el pseudonarrador, como hizo Apuleyo con *el Asno*.

Nada más lejos de la realidad, puesto que el descubrimiento del monumento ritual de los diariales otorga un valor de autenticidad muy precioso al fragmento citado por T. Anas Venerator en sus *Loci Communes*. El pobre Anas no ha sido hasta ahora famoso por la exactitud de su información histórica, hasta tal punto que algunos incluso afirman que su *cognomen* de *Venerator* le habría sido atribuido como el de *Arbiter* a Petronio (sobreen-tiéndase *Elegantiarum*) por el respeto con que relata todas las anécdotas públicas. No obstante, es preciso admitir que T. Anas Venerator extrajo el relato que presentaré a continuación del *Diarium Itineris* (Diario de viaje) de Q. Publius Publicola.

No sabemos nada de Q. Publius Publicola, e incluso la propia fecha de su libro se deduce únicamente del hecho de que cita precisamente el texto de Tácito (*adorare vulgus*) que he mencionado antes. No nombra a Tácito, pero por el modo en que habla de él, se desprende que el historiador aún estaba vivo. Naturalmente, hasta ahora no se había podido tomar en consideración el testimonio de Publicola debido al tan sospechoso texto referido por Anas Venerator.

He aquí, pues, el relato de Q. Publius Publicola («*excerpta ex quinto itineris*», según dice Anas, esto es, que el viaje de Publicola comprendía al menos cuatro libros antes del texto citado).





Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

LA ISLA DE LOS DIARIALES

La mar cimeria⁶ (¿?) se extiende desde Bretaña hasta Tule⁷ (¿?); allí, las tempestades son frecuentes y las nieblas, muy espesas. Fuimos arrastrados por vientos contrarios hasta la Isla de los Diariales, en la que se dice que vivió (¿?) César⁸, algo que, en verdad, veo extremadamente improbable. El nombre de la isla se debe a una raza de hombres que al parecer ejercen en ella el poder y se llaman así. Estos hombres se ocupan de alimentar en un templo a un gran número de animales prodigiosos, similares a una especie de aves-truces, salvo por su tamaño, que es extraordinario. Son aves inmensas cuya sola apariencia inspira terror, pero están consagradas a su Dios, del que no he podido conocer el nombre. Tienen un pico negro que se abre ampliamente y alas que se despliegan como las velas de los mayores navíos; su clamor es espeluznante y hace resonar la isla entera. Los sacerdotes creen incluso que la voz de las aves retumba en toda la tierra conocida. La voracidad de estos animales es indescriptible. Sin embargo, sus guardianes velan en este sentido, ya que si no se las mantuviera dentro de los límites sagrados, devorarían hasta a los habitantes y, principalmente, los materiales preciosos, por los que tienen un gusto desmesurado. En determinados momentos, algunos de los habitantes más ricos se ven obligados, so pena de que sus propiedades acaben devastadas, a ofrecer a las aves sacos de oro que estas engullen rápidamente⁹, aun-

que por lo general su alimentación se compone de ruidos que los guardianes producen ante ellas con trompetas y tambores, por los que muestran una enorme avidez, y su comedero contiene cantidad de plumas de oca recién arrancadas. Beben tinta¹⁰ líquida, y un aspecto curioso es que su orina es como una tinta fangosa y grasa. Su actitud se asemeja a la de los pavos reales: se pavonean y cloquean de satisfacción, pero a veces les gusta cubrirse de desechos como los patos, y después es muy difícil conseguir que recuperen el hábito de la pulcritud.

Toda la isla está cubierta de sus excrementos, que son delgados y blancos como hojas de papiro o pergamino pulido y están manchados de signos similares a los de nuestra escritura. Y es en los excrementos de estas aves donde reside su poder sagrado. Los habitantes de la isla creen que los excrementos son oráculos divinos y han llegado a interpretarlos con fluidez, como las hojas de la Sibila. Algunos los recogen y los venden, mas su precio no puede ser muy elevado debido a la cantidad de excrementos que producen estas aves. Cabe señalar, además, que el oráculo del excremento solo es cierto durante veinticuatro, doce o seis horas, según su forma. Tan pronto se pone el sol, los excrementos del día se barren y se retiran, y los excrementos de la noche pierden su valor hacia el mediodía. Se piensa que es la orina de las aves lo que produce en las hojas de los excrementos los signos que se observan, de lo que deduzco que las hojas blancas son el producto de la digestión (*coctio*) de las plumas blancas y del ruido, pero que la orina las mancha de tinta, y esta operación se produce en la cloaca. No he podido comprobar con exactitud el efecto de dar materiales preciosos a las aves. Los habitantes aseguran que, tras alimentarlas durante un tiempo con sacos de oro, los signos de los excrementos cambian y los oráculos se vuelven muy favorables. Por el contrario,

⁶ Nota del traductor español: Antiguos nómadas ecuestres que, según el historiador griego Heródoto (siglo V a. C.), habitaban originariamente en la región norte del Cáucaso y el mar Negro.

⁷ Nota del traductor español: Término usado en textos clásicos para hacer referencia a un lugar, por lo general una isla, situado en el norte lejano. En la geografía romana y medieval, aparece el término «última Tule», que también sirve para designar un lugar distante situado en las fronteras del mundo conocido.

⁸ Quam ferunt ipsum Caesarem coluisse.

⁹ Aquí Publicola cita «Auri sacra fames».

¹⁰ Atramentum.



Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

cuando las mismas aves son alimentadas durante un largo tiempo con ruido, plumas y tinta, los oráculos de los excrementos presentan una apariencia funesta y anuncian guerras, pestes y el fin del mundo. La acumulación de excrementos, antes de ser expulsados por el intestino, se denomina *copia* (*copia*); luego, mientras están frescos, son oráculos, y los habitantes los interpretan como tales. Se afirma que estos animales solo tienen intestinos y órganos sexuales, pero no cerebro. No he podido verificarlo, a pesar de haber muerto varios durante mi estancia en la isla, ya que los diariales ocultan cuidadosamente su muerte. La isla está totalmente echada a perder por los excrementos antiguos de estas aves sagradas. Se ha intentado darles algún uso; nadie hasta ahora lo ha conseguido. Los niños los usan en lugar de una esponja para limpiarse tras aligerar el vientre, pero al parecer hacen sangrar.

El color del oro, la visión de guerreros y armas, o el aspecto de las mujeres desnudas hacen delirar a las aves. Los diariales utilizan a las mujeres al efecto y organizan representaciones teatrales y de mímica musical para las aves: dicen que, en los teatros y lupanares, las mujeres desnudas dejan que se les acerquen sin demasiada repulsión, y entonces los oráculos son benignos [¿respecto de estas mujeres?]¹¹. A veces también mandan desfilas a los guerreros ante las aves y suelen entregar el penacho de un héroe a una de ellas, que se lo pone como condecoración, y entonces los oráculos son muy buenos. Es harto peligroso enseñarles el color del oro; sin embargo, a veces se conforman con eso, y entonces los oráculos son extremadamente buenos, pero tan pronto se dan cuenta del engaño, los excrementos se vuelven temibles y funestos. En tal caso, hay que designar a toda prisa a algunos ricos para que echen al abrevadero del templo unos cuantos sacos de oro. Es preciso señalar que, mientras dura la de-

cepción de las aves, y en vista de los excrementos que producen, los habitantes se apresuran a llevar su oro a los mostradores de los ricos, de modo que no resulta difícil designar a estos en cuanto las aves se desengañan.

Hay que vigilar a las aves muy de cerca: primero, como ya he dicho, debido a su terrible voracidad; segundo, por su ferocidad, que no es menor, y, por último, para impedir que se escapen, ya que, según creen los habitantes, su ausencia les haría perder el favor de la divinidad y marcaría la ruina de esta tierra, tanto por la cólera del Dios como por el profundo hastío que haría perecer a todos los hombres al verse privados de esos excrementos con los que se deleitan. No en vano, uno de los castigos que se infligen en las prisiones de este país es prohibir a los cautivos recoger los desechos de las aves e interpretar sus oráculos; yo mismo he visto a algunos de esos desgraciados suplicarme a través de los barrotes que les tendiera fragmentos de los antiguos excrementos que hay esparcidos por todo el suelo: ¡tan desmesurado amor por los oráculos embargaba su corazón! Ahora bien, aseguran que algunas de las aves, con las alas plenamente desplegadas, pueden atravesar el Océano; además, como ya he mencionado, los sacerdotes están convencidos de que sus graznidos se oyen hasta en las antípodas, al otro lado de las fuentes del Nilo, e incluso hay una superstición arraigada en el pueblo de que el simple eco de los graznidos puede engendrar aves similares en otra parte de nuestro universo. Obviamente, es una fábula, sobre todo teniendo en cuenta que hasta ahora ningún viajero ha encontrado a uno de estos animales en otra parte. Para dar un ejemplo de su ferocidad, contaré que, la noche en que entramos en la ciudad de los diariales, una mujer desvestida se precipitó en nuestra hospedería pidiendo ayuda a gritos: la perseguía un ave gigantesca que le daba picotazos en la cintura (donde llevaba su dinero) y trataba de cubrirla. Como la mujer se protegía obstinadamente con las manos, al estilo de la

¹¹ Pasaje ambiguo.



Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

Venus púdica, el ave se volvió y proyectó una increíble cantidad de excrementos que la ensució de la cabeza a los pies. Luego, el animal se esfumó y dejó a la mujer hecha un mar de lágrimas: esta decía que había reconocido claramente su propio nombre en cada uno de los excrementos, acompañado de las más horribles predicciones. Supimos después que la mujer era una actriz (en la sociedad de los diariales las mujeres sí suben a escena), pero que se había casado con un hombre ordinario de los diariales, lo que, al parecer, constituye una ofensa imperdonable para la divinidad de este lugar, puesto que su voluntad es reservar para sí misma y sus ministros las mujeres de los teatros, las mujeres mimo y las cortesanas de los lupanares; a veces, el Dios incluso reclama a las matronas. ¡Infame lugar donde las mujeres no pueden quedarse a salvo en sus casas e hilar lana!¹² ¿Alguien puede creer que realmente el gran César haya habitado este lugar?

La acción del ave que había cubierto a la actriz de excrementos me hizo decir a nuestro guía (que era el hijo de un antiguo diarial) que la mujer era estúpida por lamentarse con tal vehemencia y tener miedo, dado que los oráculos dejarían de ser ciertos al día siguiente. Pero me explicó que cuando las aves esparcen sus excrementos de esa manera, por venganza, los nombres escritos en ellos cubren el suelo con tal profusión que las demás aves reconocen el mismo signo por doquier, de manera que (al igual que si una mujer encinta se asusta por ver de repente a un cerdo, su hijo nace con cara de cerdo)¹³ durante varios días todas las aves de la isla esparcen excrementos marcados con el mismo signo. La única forma de detener el acceso de ferocidad de estos animales es darles un saco de oro para que lo devoren, con lo que se consigue hacer que expulsen excrementos blancos o incluso

marcados con signos contrarios. Los diariales, sin motivo aparente, dicen entonces «que el ave ha *hecho cantar* a su víctima», pero habría que ser un segundo Varrón¹⁴ para descubrir el origen de esta forma de hablar; personalmente lo ignoro, y también aquellos a quienes he preguntado.

Las aves se odian mutuamente y sus celos se manifiestan de la siguiente manera. Cada una se esfuerza en esparcir más excrementos que las demás; para ello, cuando no pueden obtener oro por los medios que ya he relatado, acuden a los diariales, con el pico bien abierto (*inhiantes*), a fin de suplicarles que las atiborren de ruido. Las deleitan entonces con sonidos de trompa y redobles de tambor, mas los oráculos resultantes son muy mediocres, según dicen los entendidos. A veces las aves se cubren de excrementos unas a otras, pero rara vez consiguen «hacerse cantar», ya que ninguna es capaz de guardarse una reserva del oro que se procuran y que engullen siempre de inmediato. No obstante, algunos diariales, habiéndose percatado de que la naturaleza ha dotado a estas aves de buche, saben provocarles el vómito artificialmente cuando se han cebado en exceso. Dicen entonces que las hacen «regurgitar», y, a pesar del respeto que se profesa por estas aves sagradas, a veces es necesario apresarlas para inducirles el vómito cuando han sido demasiado voraces. Sin embargo, esta situación rara vez se da, y, además, las aves más hostiles entre sí se congregan para proferir furiosos graznidos. Y los mismos diariales temen sobremano su ferocidad.

El odio desmedido que sienten las aves unas por otras las lleva con frecuencia a librar singulares combates que el pueblo congregado contempla con embeleso. Primero, tras hacer la rueda al estilo de los pavos

¹² Neque domi manere neque lanam facere, ut vix crediderim imperatorem unicum tali loco degisse.

¹³ Porcinum os.

¹⁴ Nota del traductor español: Polígrafo, militar y funcionario romano entre cuyas obras se encuentra *De lingua latina*, donde describe con detalle diversos aspectos de la lengua, desde la propia formación de la lengua hasta aspectos etimológicos, morfológicos y sintácticos.



Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

reales y lanzar después graznidos similares a los de los patos, aunque más fuertes y terribles, se ponen a cloquear de satisfacción. Luego, elevan su clamor y hacen retumbar la isla y toda la superficie del mar.

Cuando el clamor alcanza su máxima violencia, las aves se voltean y se inundan de excrementos, cada una esforzándose en levantar la rabadilla para manchar el lomo de su adversaria. Finalmente, se dan media vuelta y se abalanzan unas sobre otras dándose picotazos y zarpazos. Los diariales dirigen el combate y excitan a las aves con la ayuda de largas varas de hierro muy puntiagudas y afiladas. La mera visión de las varas de hierro y el miedo a la picada parecen acrecentar el furor de los combatientes, que se laceran el cuerpo entero aleteando; y como es muy difícil dirigir a las aves en medio del tumulto de plumas erizadas, la mayoría de las veces los diariales acaban hiriéndose con la punta de sus varas de combate, si bien nunca son más que heridas superficiales. Puesto que se mantienen bastante alejados unos de otros, las picadas son poco profundas y casi siempre los accidentes se producen en la muñeca o en la mano. Tan pronto como uno de los diariales se da cuenta del error, separan a las aves, que no soportan la sangre. En efecto, en cuanto estos animales la perciben, pierden todo el coraje y desfallecen. El juicio de la multitud espectadora determina cuál es la adversaria victoriosa. Abandonan entonces al ave derrotada, y los diariales llevan a la vencedora en loor de multitudes hacia el templo, donde rinde homenaje al Dios en una ceremonia que describiré en su momento.

Antes debo decir que he tenido la oportunidad de conocer algunos detalles sobre el nacimiento y la muerte de estos animales. Cuando están enfermos o son viejos, producen muy pocos excrementos, y el pueblo no da importancia alguna a los oráculos inscritos en ellos. Murieron varias aves durante nuestra estancia, pero los diariales se esfuerzan en ocultar cuidadosamente su muerte. Los nom-

bres de las aves fallecidas se inscriben en el templo y se les tiene en gran respeto. Dicen que incluso el Estado manda construir un edificio para alojar en él todos los excrementos oraculares de las aves fallecidas y que los sabios puedan buscar la verdad con respecto a las antiguas predicciones¹⁵. Sin embargo, como ya he mencionado, los oráculos parecen variar no solo por la voluntad del Dios, sino también ante la presencia de oro, armas y mujeres desnudas. Así pues, el estudio de los antiguos excrementos oraculares aportará sin duda poca certeza en los anales de los asuntos humanos.

En cuanto al nacimiento de las aves, relataré la tradición común. Los diariales se reúnen e inventan un nombre para el ave que debe nacer. Me parece absurdo: ¿en qué lugar de la Tierra se ha visto que se designe un nombre para aquello que no existe? No obstante, los habitantes aseguran que el oído ejercitado puede reconocer ese nombre varios meses antes en los graznidos de las aves. Entonces, se recogen los excrementos marcados con tal nombre (por los motivos que he expuesto antes, el furor de las aves las lleva a esparcir excrementos marcados con el mismo signo cuando están movidas por el odio), y los diariales alimentan a estos animales durante varios días con el nombre del ave que va a nacer y a la que no pueden dejar de odiar. Se añaden excrementos blancos, una pequeña cantidad de plumas de oca y orina, así como una cantidad suficiente de oro amonedado. Algunos ricos se alardean de dar oro para producir aves de las que esperan oráculos favorables, mas siempre acaban decepcionados. No he podido saber dónde se efectúa la mezcla ni cuánto dura la incubación. La víspera del nacimiento del ave, durante la noche, el muro del templo se encuentra completamente manchado de excrementos con el nombre de la recién nacida.

¹⁵ Publicas ædes ubi avium excrementa seu oracula èg æei reponerentur.



Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

El ave nace por la mañana o por la tarde (nunca al mediodía). Los diariales la presentan de inmediato al pueblo, ante el que suelta una infinidad de excrementos; luego, la conducen al templo, donde rinde homenaje al Dios. Entonces, los diariales la llevan con las otras aves, que fingen recibirla con agrado y profieren fuertes clamores. Durante los primeros días de su existencia, la nueva ave se esfuerza en producir muchos excrementos; normalmente, al cabo de una semana, los excrementos disminuyen, y los habitantes, al principio, atribuyen poca importancia a los oráculos inscritos en ellos. Muchas aves mueren durante esta primera juventud. Su vida suele depender de la diarrea que les sobreviene al ver algún objeto u oír algún ruido. Si el Dios considera de agrado esa diarrea (por su perfume o por otro motivo que no he alcanzado a descubrir), la vida del ave está asegurada, e incluso a veces el Dios la retiene para su servicio.

Los diariales aseguran, además, que su Dios prefiere, antes que cualquier incienso, el aroma de los excrementos frescos que esparcen algunas de esas aves que le han sido consagradas.

Terminaré la parte relativa a la Isla de los Diariales contando lo que he podido aprender sobre el Dios de estas tierras y el culto que se le rinde.

Los extranjeros no tienen permitido acceder al templo¹⁶. Los habitantes solo pueden acceder determinados días al año, con motivo de fiestas solemnes. Ni siquiera he podido conocer el nombre de la divinidad. Afirman, sin embargo, que el nombre no es un misterio, pero cada vez que les preguntaba al respecto, se echaban a reír y decían «Lo conoce tan bien como nosotros: ¿no es usted de la república?», como si su Dios fuera *cosa pública*¹⁷. La natu-

raleza de este Dios se revela, pues, muy incierta, y todo cuanto he podido saber de él es que su humor parece depender del favor (*aquí hay una laguna en el texto*)..... y en su guerra más reciente, se volvió súbitamente contra los habitantes en lugar de protegerlos de los enemigos, y a veces proscribió sin motivo aparente a los más prominentes, y a menudo se irrita contra los sabios o los escritores; en pocas palabras: sus caprichos parecen ser extravagantes e incomprensibles. En ocasiones, los diariales llevan ante él a una actriz, y durante varias semanas la divinidad la cubre de piedras preciosas y oro; nadie se atreve a contradecirlo, ni siquiera las aves, que la envuelven en clamores y excrementos favorables; luego, de repente, es expulsada vergonzosamente del templo, y la divinidad proclama su cólera mediante terribles silbidos. Desde hace cien años nadie ha gozado del favor del Dios durante diez años consecutivos, salvo algunos diariales, hábiles en predecir sus cambios de humor. Exige sacrificios humanos cuando está furioso, y las antiguas historias cuentan que durante al menos cinco años tuvieron que ofrecerle el mayor número posible de cabezas cortadas; en ese entonces perecieron muchos nobles, y la divinidad exigía ante todo las cabezas de los príncipes. Desde ese momento, los ricos temen constantemente un capricho similar, tanto más cuanto que, al haberse diezmado las grandes familias, los primeros puestos del Estado los ocupan ahora hijos de comerciantes.

Esto es lo que he podido aprender del Dios y de su nombre; en cuanto a las ceremonias, referiré lo que me contaron los diariales, a pesar de que sus discursos contradigan toda creencia¹⁸. El templo encierra la imagen del Dios, pero solo se aprecia la parte inferior de su espalda; nadie ha visto jamás su rostro¹⁹.

¹⁶ Templum adire ξένοισι nefas.

¹⁷ Pasaje ambiguo: «Nonne tua res agitur in re publica?» haud secus ac si deus publicum. (Todas las palabras llevan *publicum* y no *publicus*.)

¹⁸ *Præter humanam fidem*.

¹⁹ El texto original es más fuerte: *quasi culum dei cuiusdam: nullum unquam os ejus aspicere potuisse. Culum* no parece creíble, así que se ha propuesto la lectura *cultum* (¿?).



Los orígenes del diario: La Isla de los Diariales

Cuando un ave ha obtenido la victoria, los diariales la llevan para rendir homenaje al Dios. Los diariales mismos adoran su imagen de la manera más singular. Así es como le rinden homenaje: el diarial se arrodilla²⁰...

[Aquí se interrumpe el texto de Publicola.]



Este es el pasaje referido en los *Loci communes*.

El glosario de Proktos cita bajo los términos *vox*, *vomitorium* y *venalis* otros tres fragmentos de Publicola relacionados con la Isla de los Diariales.

VOX: voce producta sicut Q. Publias in Itinere: avium clamor quasi peopl seu popl interdum voce producta.

VOMITORIUM: vomitoria sicut in Itinere ad Diurnales deum ascendere per vomitoria templi.

VENALIS: distinguitur a venialis. Contendunt Diurnales haud aliter sonare verba venalis et venialis. Publicola. De significatione idem asserunt.

«El graznido de las aves (de la Isla de los Diariales) es *Pe-opl* o *popl* por contracción...».

«El Dios asciende hacia los diariales por los vomitorios del templo...».

«Los diariales aseguran que los términos *venal* y *venial* son idénticos en cuanto al sonido. Afirman lo mismo en cuanto al sentido.»



Dejemos ahora de lado todo aquello de los textos de Publicola que no atañe a la inscripción de la estela. A continuación expongo el resumen de los hechos que nos enseñan:

En tiempos de Trajano, Publius Publicola visita una isla que debe de estar situada entre Bretaña y Gran Bretaña (¿tal vez en el grupo anglonormando?). Está gobernada por sacerdotes diariales. A pesar de la ambigüedad, del texto se deduce que el Dios de los diariales puede llamarse Publicum. Las aves que le son consagradas profieren el graznido de *peopl* o *popl* (cf. *populus* = *people* = pueblo). Por último, los diariales rinden culto a la imagen truncada del dios Publicum. En otro pasaje de solo unas palabras relatado por el propio Anas, Publicola asegura que vio confirmarse ante sus propios ojos las audaces palabras del gran historiador: *adorare vulgus*.

Parece que disponemos ahora de la interpretación del texto de la estela y de la representación que nos ofrece. El monumento da fe del culto rendido al dios Público por los diariales. Este culto se remonta, como mínimo, a los tiempos de Rómulo. Al igual que el culto de los Arvales, al igual que el culto del roble de Nemi²¹, se sitúa al final del siglo I d. C. en una isla en la que tal vez fue introducido durante un desembarco de César. Parece evidente, en efecto, que César, al «secularizar» el culto de Público, al crear el *diario* accesible a todos, debió de favorecer la antigua costumbre religiosa. Toca ahora a los eruditos, a los historiadores de las religiones, remontarse aún más en los anales de la humanidad en busca de los orígenes del periodismo, el culto del público.

²¹ *Nota del traductor español:* Referencia a un roble sagrado que se encontraba en el bosque junto al lago de la localidad italiana de Nemi. En este lugar, dedicado al culto de Diana, el roble representaba a la diosa, y un sacerdote protegía el bosque con su vida. Quien arrancaba una rama del roble conocida como la «rama dorada» adquiriría el derecho a matar al sacerdote y sucederlo.

²⁰ *Cetera desunt apud Anatem.*